

Revista de Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos subscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios

Por la Facultad

Ernesto Malaccorto

Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo

Jacobo Wainer

Por la Facultad

Máximo J. Alemann

Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tarditi

Por el Centro de Estudiantes

Año XV

Octubre 1927

Serie II N° 75

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

De como discurre el profesor Olariaga

Estudio de problemas argentinos

Los estudios económicos habrían de recibir un enorme impulso en la Argentina, si nos preocupásemos de radicar en nuestros institutos de investigaciones un núcleo de economistas formados en las grandes escuelas europeas o norteamericanas. De ellos aprenderíamos los métodos y la disciplina científica de que hoy carecemos; y con el andar de algunos años nos sentiríamos con fuerzas suficientes para dar mayor consistencia a nuestra Facultad.

De ahí el interés suscitado por el profesor Olariaga, quien se proponía disertar sobre algunos problemas de nuestra economía nacional.

Asistiríamos, por lo tanto, a un proceso previo de indagación científica de la realidad argentina, sobre la que no se podría discurrir con acierto sin haberla analizado. Y para más y mejor, nos advertía aquel catedrático, que “no se sentía realmente economista más que cuando pisaba tierra santa” (1).

Justificábase de este modo nuestra viva atención, toda vez que, no tratándose del estudio de los asuntos argentinos, presentásemos con harta frecuencia la oportunidad, bien o mal aprovechada, de seguir en libros y revistas el curso de las teorías generales o las investigaciones económicas extranjeras.

Los problemas económicos argentinos serían “planteados orgánicamente desde un punto de vista de la economía nacional”, esto es, considerando la necesidad de nuestro país de ir “formando su economía propia”. Rumbo o punto de vista que, por loable que sea, coloca al Dr. Olariaga entre aquellos economistas que, a la investigación científica, asocian una finalidad definida de política económica. Con ello se introduce un propósito completamente ajeno a la ciencia experimental, que sólo aspira a observar los hechos y descubrir sus uniformidades.

(1) Las citas del presente artículo corresponden a las conferencias pronunciadas el 6 de julio y el 23 de septiembre, por el doctor Olariaga, en la Facultad de Ciencias Económicas. La primera fué publicada en el número de julio de 1927 de esta Revista.

Vaya esto a manera de simple comprobación, por cuanto si con esa finalidad el profesor Olariaga llega a explicar satisfactoriamente nuestra realidad económica, su método habrá resultado excelente. Conviene, entonces, averiguarlo.

La crisis en nuestro país

Es natural que este país “pretenda ir formando su economía propia” — arguye aquél — si su desenvolvimiento económico se encuentra subordinado al de ciertas naciones europeas: “La crisis comercial del mundo repercute en la Argentina en diversos sentidos, porque la Argentina, como varias otras naciones de la América del Sud, depende principalmente, en su creación de empresas, en su importancia de capitales y en su desarrollo de mercados, de la economía europea, y Europa se encuentra en franca y prolongada decadencia”.

“Cuando vine hace tres años a Buenos Aires — agrega — oí hablar mucho de crisis... Ahora vuelvo, y sigo oyendo hablar de crisis”. Y es claro que si la gente lo dice y repite, no puede dudarse de la crisis argentina: “efectivamente, señores, esa temida crisis ya no es tan pasajera”.

Hay economistas como los de Harvard o Cambridge, que de muchos años atrás interrogan afanosamente la realidad, valiéndose de múltiples series estadísticas, para averiguar la naturaleza de los períodos del ciclo económico, entre los que el de la crisis es bien saliente. Los hay también, como el profesor Olariaga, que, para cerciorarse de la crisis en un país adonde recién llegan, interrogan a la gente. Con ello no se hiere la lógica, puesto que aquel atribuye a la “voluntad colectiva de los pueblos” el poder de orientar los fenómenos económicos; poder para cuyo ejercicio se requiere, evidentemente, la facultad de discernir si están o no en crisis. Solo que las opiniones de la gente suelen ser un tanto peregrinas, como cuando, en nuestro país, al término crisis se acompaña el calificativo “de progreso” para designar los períodos de bonanza, o se le agrega un florilegio de adjetivos quejumbrosos para aludir al tendal de negociantes embarrancados en los abusos del crédito.

Y no solo dice la gente que estamos en crisis, sino que *el fenómeno ha sido comprobado estadísticamente*, hace pocos meses, por la Sociedad de las Naciones en la Memoria sobre la producción y el Comercio, publicada por el Comité preparatorio de la Conferencia Internacional Económica celebrada recientemente en Ginebra”.

Dicha publicación presenta cifras del comercio internacional en 1913 y 1925. El catedrático español selecciona las de algunos países y las reproduce porque “demuestran bien gráficamente que, al cabo de pasada la guerra y cuando ya la situación ha llegado a ser bastante normal, entre nueve países, que pueden considerarse económicamente nuevos, y algunos de ellos de producción agrícola parecida a la vuestra *la Argenti-*

na es la que ha tenido un ritmo de desarrollo más lento en el periodo más reciente de su vida económica”.

Sea dicho de paso que la citada memoria ofrece simplemente algunos números muy condensados. Nos dice, por ejemplo, que las exportaciones de la República Argentina en 1925 fueron el 158,7 o/o de las de 1913. Pero de ningún modo expresa haber “comprobado estadísticamente” el fenómeno de la depresión económica argentina. Merece destacarse este rasgo de desprendimiento científico del profesor Olariaga que, después de haber exprimido con arduo esfuerzo la verdad inmanente en los guarismos, cede generosamente sus comprobaciones.

El estancamiento de nuestras exportaciones

La demostración del Dr. Olariaga, en su primera conferencia, no rebasa el párrafo citado más arriba; si bien reanúdase tan sutil argumento en un discurso posterior, en que nos dice que la Argentina desde el año 1913 apenas ha cambiado el volumen de las exportaciones.

No se oculta el profesor ibérico que la mera comparación de dos años carece de gran consistencia puesto “que en el caso de un país cuya producción agrícola sufre grandes oscilaciones no sólo por las cosechas del país, sino por las mundiales, tomar datos de un año determinado o no referirse a la media, por lo menos, de un quinquenio, es encontrarse con un dato de muy poca fidelidad”. Afortunadamente, esta dificultad se descarta, y con elegancia suma, por un procedimiento metafísico de eliminación de las variables molestas. En efecto, “*simplificando todo lo posible* como hemos dicho ya, y tomando como base la cifra de 1913 (que corresponde más o menos a la de 1912) la exportación argentina en el año 1926 era aproximadamente lo que en 1913, en tonelaje, en volumen físico, no así en valor real que ha sido muy superior, debido al alza del nivel de los precios”.

Retornando, sin embargo, de la sublimación trascendente del guarismo a su significado concreto, obsérvese que el profesor Olariaga toma como base de comparación el año de máxima en nuestro ciclo económico precedente a la guerra. En efecto, si bien la cifra de 1913 “corresponde aproximadamente a la de 1912”, a saber 11.835.000 y 11.109.000 toneladas respectivamente, ambas constituyen alrededor del 200 o/o, de la cifra del año 1911, en que nuestros embarques apenas suman 5.439.00 toneladas. Lo que significa bien a las claras que si la simplificación se hubiese referido a este último año, las exportaciones de 1926, (o sean 12.277.000 toneladas) resultarían ser el 225,7 o/o de las de pre-guerra.

Este procedimiento del profesor Olariaga, desarrollado sobre un plano científico, no debe ser confundido, por cierto,

con aquel que el vulgo carente de técnica emplea con frecuencia. Tal el caso de un hombre de negocios, que, debiendo presentar en el extranjero un cuadro atrayente de nuestra situación económica, manifiesta con toda desenvoltura que las exportaciones argentinas constituyen ahora el 490,9 o/o de las de hace diez años. Efectivamente las cifras parecen darle tanta razón como al señor Olariaga, desde que en los primeros nueve meses de 1927 las toneladas exportadas alcanzaron a 15.036.000 contra apenas 3.062.000 toneladas en igual período del año 1917.

Ritmos de crecimiento

Sobre la misma base del año 1913 el profesor Olariaga efectúa las siguientes comparaciones internacionales a que ya nos hemos referido.

Aumento de exportaciones en 1925 sobre las de 1913

Malasia británica	374.1
Canadá	307.6
Japón	288.9
Nueva Zelandia	255.9
China	221.8
Australia	198.7
Estados Unidos	196.8
India	187.1
Argentina	158.7

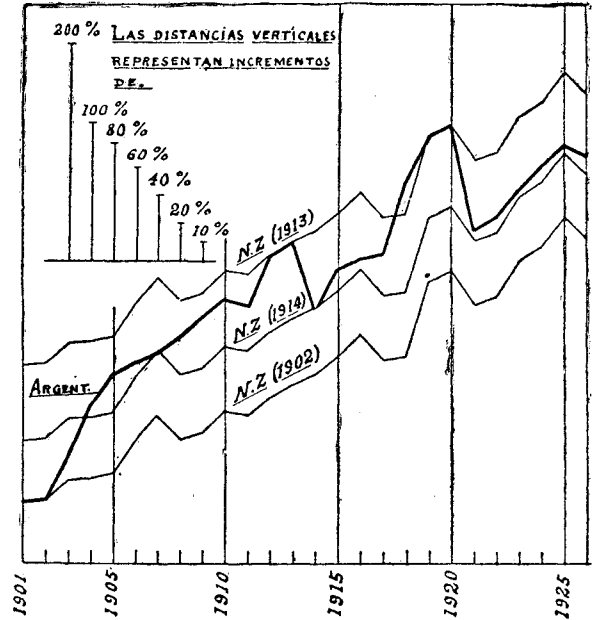
El fenómeno de depresión económica argentina se encontraría estadísticamente comprobado por el hecho de que sus exportaciones en 1925 experimentaron un porcentaje de aumento de 58.7 % con respecto a las de 1913 (1), mientras los otros países del cuadro mencionado acusan incrementos relativos muchos más altos.

La fuerza persuasiva de tales comparaciones, sobre los que también contemplan nuestro problema del punto de vista nacional, no ha de verse menguada, por cierto, si intentamos observar el curso del intercambio comercial de diversos países con el fin de averiguar el ritmo de su crecimiento desde el comienzo de este siglo.

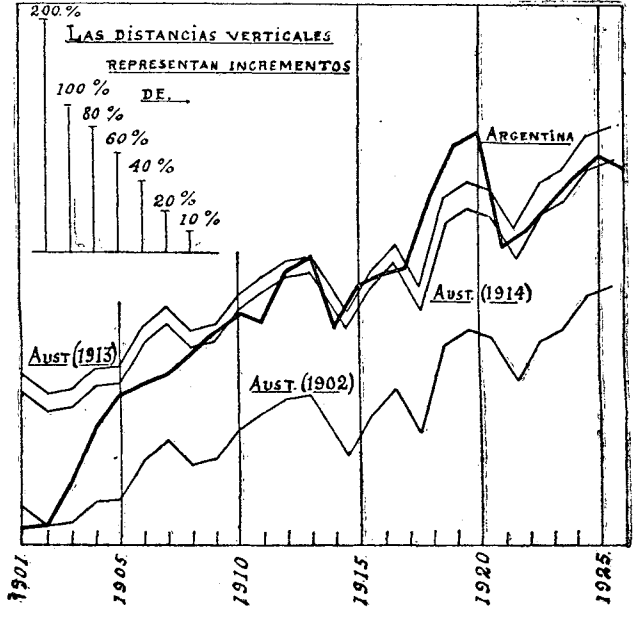
Algunos gráficos logarítmicos nos ayudan en nuestra tarea. Hemos recurrido a ellos, por cuanto tienen la ventaja de que la misma distancia vertical representa, en cualquier parte del gráfico, idéntica *intensidad de crecimiento*. En cambio, en el gráfico en escala natural, la misma distancia vertical señala siempre igual incremento absoluto, aunque el cre-

(1) El doctor Olariaga expresa que el "porcentaje de aumento" de 1925 sobre 1913 fué de 158.7 %. Confunde, pues, esta expresión con la de "porcentaje de la cifra de 1925 con respecto a la de 1913".

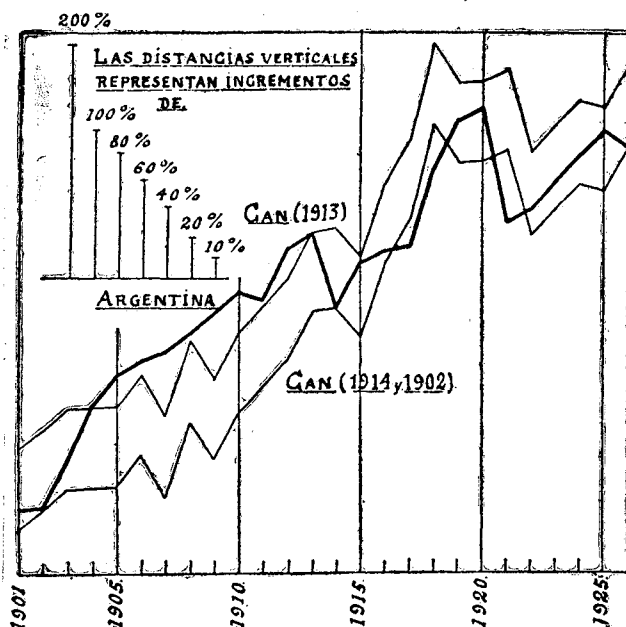
RITMO DE CRECIMIENTO DEL COMERCIO EXTERIOR DE I
ARGENTINA Y NUEVA ZELANDIA
(Gráfico logarítmico N° 1)



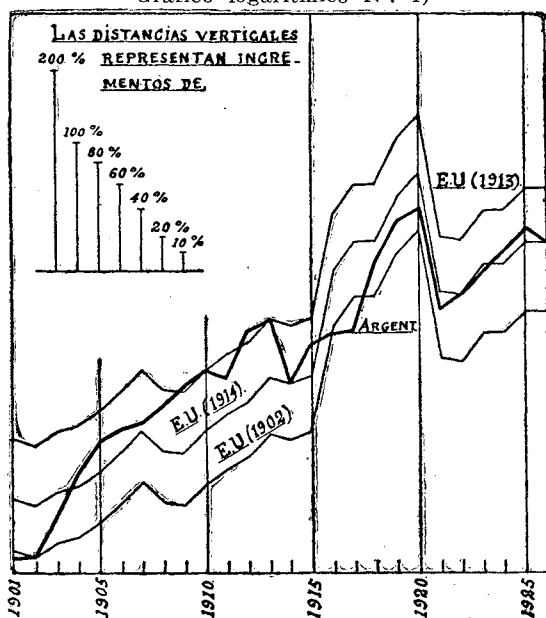
RITMO DE CRECIMIENTO DEL COMERCIO EXTERIOR DE L/
ARGENTINA Y AUSTRALIA
(Gráfico logarítmico N° 2)



RITMO DE CRECIMIENTO DEL COMERCIO EXTERIOR DE LA
ARGENTINA Y CANADÁ
(Gráfico logarítmico N°. 3)



RITMO DE CRECIMIENTO DEL COMERCIO EXTERIOR DE LA
ARGENTINA Y ESTADOS UNIDOS
(Gráfico logarítmico N°. 4)



cimiento relativo que resulta sea diferente según el punto de la curva a que se refiera (1).

Las cifras de los distintos países, (pág. 1140) han sido reducidas a dólares, según el promedio anual de cambio, para evitar los efectos de la inestabilidad del premio de oro.

En cada gráfico comparamos la línea gruesa, que representa el ritmo de crecimiento de nuestro comercio exterior, con tres líneas delgadas correspondientes al comercio de uno de los cuatro países considerados, a saber, Nueva Zelandia, Australia, Canadá y Estados Unidos (gráficos 1 a 4, págs. 1134 y 1135). La línea delgada superior señala la situación del comercio exterior del país extranjero, con respecto a la línea gruesa argentina, tomando como punto de partida el año 1913; la línea delgada intermedia tiene al año 1914 como punto de partida, y la inferior, al año 1901 ó 1902.

En todos los gráficos se observa que *según se haya elegido un año u otro como punto de partida, el comercio exterior de la República Argentina ha crecido con un ritmo inferior, aproximadamente igual, o superior, al comercio exterior de Nueva Zelandia, Australia, Canadá o Estados Unidos.*

No sería tan amena la Economía Política si no tuviera el singular atributo de satisfacer cualquier inclinación del espíritu humano. Tanto más plausible, entonces, la actitud del profesor Olariaga que con ánimo firme y sin el menor *embarras du choix* nos presenta aquella interpretación que concuerda mejor con las aspiraciones de nuestra fuerte conciencia nacional en materia de política económica. Y bien valía el hacerlo, si así se substraen afortunadamente al "destino trágico del economista (que por lo visto no es tan implacable como el de la tragedia griega) de tener que actuar en aquellos aspectos de la vida social que más suelen mortificar al amor propio o contradicen el interés privado".

Puede observarse en los gráficos que las fluctuaciones del comercio exterior de los cuatro países considerados, en el período precedente a 1913, son muy distintas a las de la Argentina, tanto por el tiempo en que ocurren, cuanto por su duración y amplitud.

En nuestro país, desde los primeros años del siglo se desenvuelve, aunque con una leve inflexión en 1907 y otra en 1911, el largo período ascendente de un ciclo económico que llega a su cima en 1913. En ese lapso, el crecimiento considerable de las exportaciones, permite un fuerte ascenso en las importaciones, abultadas, asimismo, por la afluencia de los ca-

(1) Por ejemplo, en 1871 nuestro intercambio comercial fué de 73 millones de pesos oro, y en 1873, de 121 millones: el crecimiento absoluto fué de 48 millones y el relativo de 65.7 %; en 1897, el intercambio fué de 199 millones y de 302 millones en 1899: el crecimiento absoluto fué de 103 millones y el relativo de 51.7 %. El gráfico en escala natural presenta los incrementos absolutos; el gráfico logarítmico los incrementos relativos: de ahí su ventaja en el presente caso.

pitales extranjeros que llegan al país bajo forma de mercaderías.

En Nueva Zelandia el comercio exterior llega a un punto de máxima en 1907, desde donde cae el año siguiente y se eleva continuamente sin perturbaciones importantes hasta 1917. Resulta entonces, que mientras para nosotros 1913 es año de máxima y 1914 de mínima, para los neozelandeses ambos son normales.

En Australia nótanse asimismo dos ciclos; pero la amplitud del de 1913 es mayor que la del de 1907.

En Estados Unidos, culmina también un ciclo en 1907, cuya amplitud es mayor que la del que tiene su cima en 1913.

En el Canadá, el comercio exterior crece con un ritmo suave, a través de fuertes perturbaciones, hasta 1909; a partir de este año la curva se torna algo más empinada que la nuestra, y toca un punto de máxima en 1914.

Nótase claramente que, aparte de las discrepancias que acabamos de mencionar entre nuestro ciclo y los extranjeros, el ritmo de crecimiento de nuestro comercio exterior durante el período considerado es superior al de los otros países referidos.

De lo expresado se desprende que el significado diferente del año 13 o del 14 o de cualquier otro, en los distintos países, no permite tomarlos como base de comparación. Al menos así dicen los escépticos que no tienen — como el profesor Olariaga — el punto de vista de la economía nacional. Limítanse los tales a advertirnos, simplemente, el riesgo de ciertas comparaciones estadísticas.

No lo teme el profesor español, al considerar como base el año 1913 con el fin de averiguar la tendencia del comercio exterior en el “período más reciente” de nuestra economía, en el que habríamos tenido un ritmo de desarrollo muy lento.

Menos que de la técnica estadística, la solución de este asunto depende más bien del alcance que se atribuye a la expresión “período más reciente”.

Si se alude a los años posteriores al máximo mundial de 1920, no necesitaba aquel economista acudir al zarandeado año 13; bastábale comparar las curvas logarítmicas de esos años.

Al hacerlo así hubiese comprobado que, en todos nuestros gráficos, *el ritmo de crecimiento del comercio exterior argentino después de 1920, es idéntico, en su tendencia general, al de Australia, Nueva Zelandia, Estados Unidos y Canadá.*

Si por “período más reciente” se entiende los tres o cuatro últimos lustros, como parecería creerlo el Dr. Olariaga al incluir el año 13 en sus comparaciones, la discrepancia anotada en los ciclos torna arbitrario todo análisis que, pretendiendo indagar el ritmo de crecimiento de un fenómeno, no elimine previamente las fluctuaciones cíclicas.

El “instrumental” científico a que se refiere aquél, permite eliminar dichas fluctuaciones y averiguar la **tendencia secular o línea de crecimiento característico de los fenómenos.**

En síntesis, el método consiste en anular los períodos ascendentes con los descendentes por el cálculo de promedios móviles.

En esta forma se podrá comparar, a través de varias décadas, el ritmo de crecimiento característico (1) del comercio exterior. Pero es obvio que al necesitarse para el cálculo del promedio móvil, debido a la naturaleza de nuestro ciclo, por lo menos cinco años anteriores y cinco posteriores al año cuya tendencia secular se quiere determinar, el procedimiento no permitiría averiguar la tendencia de los cinco últimos años. Ya se ha señalado uno de los métodos satisfactorios para esto último. No ha seguido ni este ni aquel otro el profesor Olariaga, aunque, si bien se mira, tal cosa no tiene mayor importancia.

El hecho más elocuente

En efecto, “no es este hecho — se expresa después de la comparación de marras — el más elocuente dentro del razonamiento que veníamos exponiendo. El más elocuente es el que se deduce” de un cuadro referente al volumen del comercio exterior en 1925, comparado con el de 1913, por grupos de continentes (2).

Según ese cuadro el comercio de la América del Sud en 1925 apenas sería el 96.7 o/o del de 1913, el de Africa, el 99 o/o, y el de Europa el 93.7 % excluía Rusia y el 89 % incluía Rusia; mientras que el volumen del comercio de América del Norte habría llegado a ser el 136.7 % del de 1913. “Los países en los cuales se reflejaba una disminución del comercio interior eran los que formaban el grupo europeo y aquellos de América que abastecían de alimentos y materias primas al grupo europeo”.

A pesar de las frecuentes incursiones de algunos sabios europeos, no hemos logrado determinar aún con precisión, qué parte de la América del Sud corresponde probablemente a la Argentina. Empero, el Dr. Olariaga habría presentado muy gustoso el dato un tanto confuso de nuestro comercio exterior, si le hubiese sido accesible. No se le culpe, sin embargo, de no haber concretado “en qué proporción es afectada la Argentina por el fenómeno, entre los países de la América del Sud, *porque no ha publicado el necesario detalle la Sociedad de las Naciones*, pero cuantas correcciones pueda imponer esa par-

(1) Es lo que hace Mr. Snyder, estadístico del Federal Reserve Board, en su libro reciente “Business Cycles and their measurements”.

(2) De las cifras, también presentadas en el Memorandum referido, se eliminó las fluctuaciones de los precios entre ambos años mediante un índice *mundial* (!) de precios, que denuncia a las claras la precipitación con que el comité preparatorio de la Conferencia de Ginebra acumuló sus materiales de estudio.

ticularización, serían pocas para cambiar de fisonomía la significación de dicho fenómeno”.

Aunque la incógnita ha sido despejada en esta forma, mediante el consabido procedimiento metafísico, ofrecemos a título de simple curiosidad el hallazgo de las cifras argentinas. Trátase de un opúsculo adquirido accidentalmente en un libro de viejo, e intitulado “El Comercio Exterior Argentino en 1926 y su comparación con el de 1925”. Se dice allí que el volumen físico de las importaciones de 1926 fué el 126.1 % de las de 1910; y el volumen físico de las exportaciones, el 163.6 o/o del de 1910; los valores fueron el 216.8 o/o y el 203.6 % de los de 1910, respectivamente (1).

Importancia indiciaria de las cifras del comercio exterior

Nos hemos referido al ritmo de crecimiento del comercio exterior de varios países. El doctor Olariaga se limita a considerar las exportaciones. Estudiando el curso de éstas en el gráfico N° 5, (pág. 1141) fluyen las mismas consideraciones formuladas acerca de la validez de las comparaciones del comercio exterior. Puede observarse, a la vez, cómo el ritmo de crecimiento de nuestras exportaciones, posteriormente a 1920, no difiere substancialmente del de los otros países.

Al tomar las cifras de las exportaciones para cotejar la situación económica de diversos países, el profesor Olariaga parece aceptar implícitamente que aquellas tengan el mismo significado, análoga importancia indiciaria, en las variaciones económicas de cada país.

En la República Argentina, las cifras de las exportaciones, consideradas aisladamente tienen un significado poco seguro (2). En cambio, las del comercio exterior, esto es, las importaciones más las exportaciones, reflejan acentuadamente nuestras fluctuaciones económicas. Habría que demostrar si esto también sucede en los otros países. Respecto a los Estados Unidos, el caso es bien dudoso, pues es ya un estribillo que su comercio exterior sólo representa una parte muy pequeña de sus transacciones internas.

Si mediante las cifras de las exportaciones se tratase, no ya de apreciar las fluctuaciones económicas de los ciclos, sino la tendencia secular de las actividades productivas de un país, caeríase en la necesidad no menos imperiosa que la recién anotada, de indagar analíticamente el significado de las cifras.

(1) Se ofrece estas cifras a título ilustrativo, sin preferir, desde luego, la base de 1910, adoptada por la estadística oficial. Entre este año y 1913 el volumen físico de las importaciones crece en 19.8 % y el de las exportaciones en 57.2 %.

(2) En efecto, se presentan casos en que las exportaciones disminuyen de un año para otro, sin que ello se traduzca apreciablemente en la situación económica general, debido a que, por la afluencia de capitales extranjeros, ni el movimiento bancario ni las importaciones se resienten.

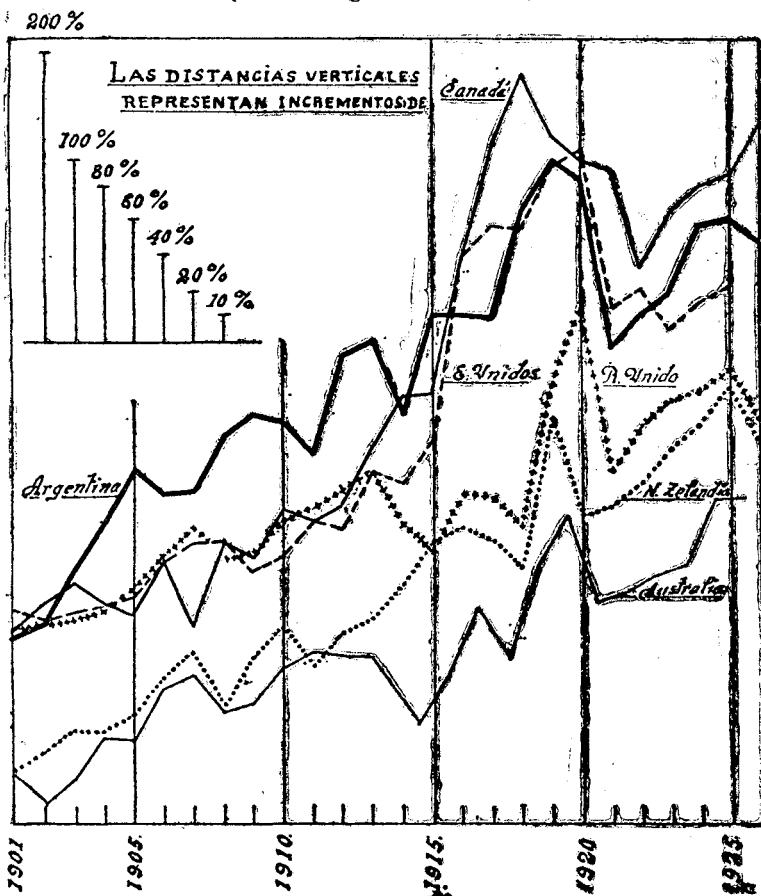
COMERCIO EXTERIOR Y EXPORTACIONES DE DISTINTOS PAISES

MILES DE DOLARES

AÑOS	Argentina	Nueva Zelandia	Australia (1)	Canadá	Estados Unidos
a) <i>COMERCIO EXTERIOR</i>					
1901 . . .	271.783	120.198	448.351	372.440	2.310.937
1902 . . .	272.603	121.526	411.662	406.709	2.285.040
1903 . . .	339.821	135.284	418.816	450.325	2.445.861
1904 . . .	435.607	136.457	459.918	454.965	2.451.914
1905 . . .	509.454	138.622	463.232	453.436	2.636.075
1906 . . .	542.478	162.089	557.132	530.398	2.970.427
1907 . . .	561.622	181.871	606.526	442.313	3.315.272
1908 . . .	616.536	164.434	555.316	615.910	3.055.115
1909 . . .	675.518	171.967	566.903	548.517	2.974.931
1910 . . .	741.436	190.922	654.569	669.082	3.301.932
1911 . . .	721.089	187.720	712.699	742.725	3.576.546
1912 . . .	915.216	208.028	765.281	830.121	3.857.587
1913 . . .	979.721	220.331	770.469	1.048.275	4.278.892
1914 . . .	694.280	234.902	610.347	1.074.630	4.258.505
1915 . . .	854.270	254.555	724.943	917.398	4.442.759
1916 . . .	907.460	284.154	830.091	1.287.501	7.874.276
1917 . . .	928.263	250.380	685.409	2.025.662	9.185.981
1918 . . .	1.319.085	251.391	1.030.816	2.512.022	9.180.301
1919 . . .	1.660.665	378.570	1.112.774	2.124.734	11.824.791
1920 . . .	1.770.014	395.884	1.084.490	2.099.274	13.506.497
1921 . . .	1.027.307	337.839	888.807	2.226.389	6.994.179
1922 . . .	1.118.654	344.317	1.105.652	1.435.392	6.944.524
1923 . . .	1.283.091	408.740	1.189.928	1.713.602	7.959.559
1924 . . .	1.431.097	446.745	1.409.819	1.927.338	8.200.947
1925 . . .	1.592.715	520.164	1.449.636	1.877.543	9.136.437
1926 . . .	1.497.288	462.435	—	2.256.029	9.240.754
b) <i>EXPORTACIONES</i>					
1901 . . .	161.826	62.685	241.846	194.509	1.487.765
1902 . . .	173.183	66.403	213.712	209.971	1.381.719
1903 . . .	213.224	73.046	234.809	225.230	1.420.142
1904 . . .	254.880	71.771	279.756	211.055	1.460.827
1905 . . .	311.504	76.190	276.617	201.472	1.518.562
1906 . . .	281.990	88.059	339.380	246.658	1.743.865
1907 . . .	285.801	97.656	354.398	192.087	1.880.851
1908 . . .	353.150	79.407	312.969	263.369	1.860.773
1909 . . .	383.395	95.685	317.875	254.132	1.663.011
1910 . . .	375.406	107.938	362.510	298.764	1.744.985
1911 . . .	330.294	92.600	386.799	230.000	2.049.320
1912 . . .	484.048	105.948	384.921	307.716	2.204.322
1913 . . .	500.922	111.866	382.370	377.068	2.465.884
1914 . . .	385.698	128.201	295.803	454.480	2.364.579
1915 . . .	554.034	151.125	355.943	461.443	2.768.589
1916 . . .	553.677	158.632	466.814	779.300	5.482.641
1917 . . .	548.853	150.599	388.220	1.179.311	6.233.513
1918 . . .	811.940	135.899	543.118	1.562.729	6.149.088
1919 . . .	1.015.029	241.386	670.103	1.231.811	7.920.426
1920 . . .	933.803	170.177	484.270	1.148.803	8.228.016
1921 . . .	485.305	172.551	492.096	1.093.431	4.485.031
1922 . . .	553.742	189.242	522.069	745.724	3.381.777
1923 . . .	606.569	210.290	546.629	926.761	4.167.493
1924 . . .	786.588	232.397	715.702	1.045.317	4.590.984
1925 . . .	793.282	266.855	717.391	1.080.928	4.909.848
1926 . . .	734.387	220.010	—	1.328.129	—

(1) A partir del año 1914, las cifras de Australia se refieren a los años económicos que terminan el 30 de junio.

RITMO DEL CRECIMIENTO DE LAS EXPORTACIONES EN DIFERENTES
PAÍSES
(Gráfico logarítmico No. 5)



En efecto, de una nación a otra no sólo varía la cuota de la producción que se exporta, sino que dentro de un mismo país aquella cuota no es constante a través del tiempo. Por donde resultaría que el ritmo con que creciesen en largo término las exportaciones, no reflejaría idéntico ritmo en el incremento de las actividades productoras.

Detalles triviales, todos estos, susceptibles de deleitar a estadísticos cavilosos; pero que no merecen la atención de los iniciados en los procedimientos inefables de la ciencia trascendente.

En efecto, "simplificando lo más posible", sería absurdo desconocer que las meras cifras de las exportaciones suministran un índice inequívoco, que a su simplicidad, agrega la ventaja no menos grande de no exigirnos engorrosas investigaciones en que el "instrumental" podría confundirse "con la tarea inexcusablemente realista de plantear y sistematizar los verdaderos problemas de la vida económica" (1).

El papel de los ideales

Que la destreza en el manejo de las estadísticas no entorpece el libre desenvolvimiento de las facultades intuitivas, lo demuestra en forma acabada la siguiente contribución sociológica del profesor de la Universidad de Madrid: "Todos sabéis que los fenómenos económicos viven articulados como los demás fenómenos del complejo social, en organizaciones colectivas, y gobernados por instituciones nacionales que son las que los ordenan y los coordinan en un sentido general, en un rumbo fundamental que los ideales de los pueblos van trazando; y que, aun cuando a la iniciativa y a la realización privadas se les deje en relativa libertad para producirlos, y, hasta cierto punto, para organizarlos, es siempre a condición de que vayan ordenados y encaminados al servicio de los fines superiores creados por la voluntad colectiva de los pueblos."

La tesis del catedrático peninsular es clarísima: los fenómenos económicos son encaminados por los ideales, y éstos, a su vez, fluyen de la voluntad colectiva de los pueblos.

Si en lo que toca a lo primero, la experiencia histórica nos señala que con harta frecuencia los fenómenos económicos

(1) Pero no solo las cifras del comercio exterior señalan nuestra depresión económica con el índice prestigioso del profesor hispánico. Observa, asimismo, este último, otros síntomas de languidecimiento en el comercio internacional de trigo: en 1909-13 a la Argentina correspondía el 13.9 % de las exportaciones mundiales; en los últimos años, esta cifra se eleva a 22.1 %, pero con mucha menos intensidad que la proporción canadiense, que salta de 11.6 % a 30.0 %.

Malsano contentamiento el de los que, sin parar mientes en el más noble de los productos del suelo, proclama la creciente importancia de las carnes argentinas en el mercado británico, o de nuestro lino en las exportaciones mundiales, en las que hoy participamos con el 73.8 % (1920-24) contra el 39.7 % en 1910-14, mientras el Canadá apenas tiene el 4 % contra el 12.8 %.

escapan al contralor de los ideales humanos, no deja de ser perfectamente cierto que si se descartan esos casos — con los mismos métodos de eliminación de las variables, que ya conocemos, — los ideales dirigen los fenómenos económicos. Por otro lado, “simplificando lo más posible” también se llega a demostrar que los ideales nacen por generación espontánea sin que sobre su formación, a pesar de los devaneos de Vilfredo Pareto, influyan sentimientos, intereses e inclinaciones, ligados a los fenómenos económicos por complejas relaciones de interdependencia.

En cuanto a esa entidad imponente que se designa como “voluntad colectiva de los pueblos”, su existencia ha sido plenamente comprobada por los teorizantes de la “ciencia política”. De otro modo no podría ejercitarse cotidianamente a través de esos órganos representativos, de cuya virginal pureza no nos permite dudar la fe democrática que nos anima desde la reforma universitaria.

No destruye nuestras convicciones el implacable ataque de espíritus falaces, para los que la voluntad colectiva no sería otra que la de los individuos de la *élite* en el poder, que sabría aprovecharse de los sentimientos e inclinaciones populares para plasmar los ideales más concordantes con sus intereses. Tal sería el caso de esos ideales proteccionistas, propagados en “los pueblos” al calor de sentimientos de nacionalismo, si el doctor Olariaga no hubiese descubierto en las entrañas más recónditas de aquéllos, la sublime aspiración de ir “formando nuestra economía propia”.

Los designios de la voluntad colectiva

Si existen designios de una voluntad colectiva, queda demostrada en forma incontrovertible la existencia de esa voluntad colectiva.

La experiencia histórica ofrece abundantes ejemplos de esos designios. Como los que presidieron la inversión de capitales extranjeros en nuestro país, según nos lo expresa el doctor Olariaga: “Han sido iniciativas extranjeras — no olvidéis que hablo en términos generales — con capitales extranjeros y muchas veces mano de obra extranjera, las que han ido utilizando económicamente la Argentina, no para crear en ella una riqueza permanente y progresiva, no para formar en ella el cuerpo robusto, completo y autónomo de una gran nación independiente, sino para explotar del modo más sencillo las oportunidades que estaban más a mano y llevar a sus respectivas economías nacionales los alimentos y materias primeras que necesitaban.”

Que se trata evidentemente de un designio colectivo superior y ajeno a los individuos, aunque plasmado en el fluido común de las esencias individuales — como enseña un genial metafísico —: lo comprueba un doble orden de consideraciones relativas a la inversión del ahorro británico en el extranjero.

En primer lugar, los banqueros y capitalistas que desde los comienzos del 19 colocan sus fondos en otros países, en plena expansión del individualismo y la libre concurrencia, sólo tratan de conseguir el máximo provecho, buscando naturalmente la "oportunidad más a mano", y sin cuidarse de llevar a la Gran Bretaña los alimentos y materias primas que necesitan sus compatriotas.

En segundo lugar, cuando aquel país comienza a dar ímpetu a sus exportaciones de capitales, la clase gobernante inglesa, animada del ideal de bastarse a sí misma, (que recién después de 1846 deja de encaminar los fenómenos de la economía británica) pretende producir en su propio territorio los alimentos y materias primas de que necesitaba el país. Mal podría, entonces, atraer la competencia exterior de esos productos, mediante el envío de capitales a los países extranjeros.

Es obvio, por lo tanto, que ni los individuos, ni los gobiernos, estaban animados del propósito aludido por el profesor español. Y no lo estaban, precisamente, porque tal propósito o designio surgía exclusivamente de la voluntad colectiva del pueblo británico.

El doctor Olariaga, economista experimental

El profesor Olariaga nos manifestaba, en su primera conferencia sobre "El porvenir de la economía argentina", que no se sentía realmente economista sino cuando pisaba la tierra santa, el mundo concreto.

Parecía tratarse, por lo tanto, de un economista experimental. Y decididamente, el catedrático español es un economista experimental.

No invalida nuestra proposición la frecuencia con que aquel abandona la tierra santa para remontarse, en amplio vuelo, "sobre el mundo inquietante de las representaciones." Y ello por la muy sencilla razón de que, en tales casos, y según su propia definición, deja de ser un economista, para transformarse en el señor don Luis Olariaga, pura y simplemente.

Es, seguramente, este señor, quien nos habla de la "voluntad colectiva de los pueblos" o esgrime ágilmente los guarismos siguiendo su punto de vista de la economía nacional.

Más de un funesto error en la historia del pensamiento humano ha de buscarse precisamente en que, la exégesis precipitada de los textos, no permite deslindar las distintas fases de la personalidad de los autores.

Nos proponemos evitar un error de esta naturaleza, en el presente caso, al brindar esta modesta contribución aclaratoria. Y nos apresuramos a hacerlo, porque las gentes ya atribuyen al economista español, con imperdonable ligereza, la tesis del estancamiento argentino del señor Olariaga.

Raúl PREBISCH